

Compendio de
GEOGRAFIA UNIVERSAL

POR

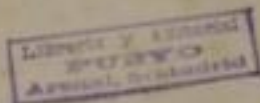
D. JUAN IZQUIERDO Y CROSELLES
Y
D. JOAQUÍN IZQUIERDO Y CROSELLES

COMANDANTES DE ARTILLERÍA

**Obra de texto para el examen de ingreso
en las Academias Militares**

(APROBADA POR R. O. DE 31 DE JUNIO DE 1914)

•••••



EDITORIAL URANIA

Madrid, Paseo de la Castellana, 212

PRÓLOGO

Las mismas palabras con que he encabezado mi publicación anual recientemente empezada bajo el título de *Archivo Geográfico de la Península Ibérica*, pueden servir para encabezar cualquier obra didáctica de tan hermosa ciencia. «No puede considerarse ciudadano *consciente* de su país, ni habitante *consciente* de la Tierra y de su época, quien no posea conocimientos geográficos y al día.» Análogamente cabe decir, que quien carezca de cultura geográfica, no puede ser *defensor consciente* de su patria.

El hecho de que la Geografía figure cada vez con mayor intensidad en los planes de estudio de muchas carreras, responde a una clarividencia cada vez mayor de aquellas verdades. Pero equivocado andará quien crea que con haber aprobado en su etapa de estudiante la correspondiente asignatura, ha conquistado definitivamente el derecho a titularse actor *consciente* en los fenómenos geográficos.

En ésta, como en otras asignaturas, la enseñanza que se da en las Universidades, Academias o Escuelas especiales, no es más que una invitación al estudio. El tiempo de que se dispone y las condiciones del alumno, no permiten otra cosa.

La misión del catedrático, en este caso, es dar al discípulo una idea de lo que es la asignatura, de los métodos de su estudio, de los resultados a que puede llegarse, y más que nada, del vacío que representa el desconocimiento de la materia y de las dificultades para llenarlo.

El estudio no puede consistir jamás en aprenderse un libro, ni en almacenar una dosis más o menos grande de datos en el cerebro. La ciencia no es «contenido», sino «continente». Es una educación de nuestras facultades mentales, especializada en relación con determinada materia. Un hombre posee una ciencia cuando sabe *ver* los fenómenos que a ella afectan, y *comprender* las relaciones que los ligan.

Sobre cuáles sean en la Geografía estos fenómenos y estas relaciones, se ha discutido y se sigue discutiendo mucho en el terreno teórico. A veces se ha circunscrito el concepto de Geografía a la construcción de mapas, y hoy hay geógrafos que niegan a la Cartografía un lugar en el verdadero dominio geográfico. Unos geógrafos han querido excluir de la Geografía el elemento humano; otros han opuesto una «Geografía humana» a una «Geografía física»; y otros sostienen que sólo cuando interviene el elemento humano se llega a la geografía «propia mente dicha».

Es mucho menor la divergencia de criterio cuando los geógrafos *hacen* geografía que cuando pretenden definir qué es lo que hacen. De aquí que el mejor camino de llegar a un concepto satisfactorio de la Geografía sea estudiar, no las teorías, sino las obras, directamente, de los geógrafos.

En efecto, la Geografía no es una creación por hacer, según la fantasía

o humor de cada cual, sino una creación que viene realizándose de mucho tiempo atrás: es un valor histórico. No se trata de lo que *debe ser*, sino de lo que es, como consecuencia de lo que ha venido siendo.

Puesto en este camino, he llegado (*La definición y divisiones de la Geografía*: Barcelona, «Estudio», 1915) a las siguientes conclusiones:

Geografía es la ciencia de la localización en la superficie terrestre. Superficie terrestre (en sentido geográfico), es la zona de contacto entre la geohidrosfera y la atmósfera.

Y localización es la situación en conexión.

De aquí una primera división en la Geografía, en *Geografía de situación* y *Geografía de conexión*.

Geografía de situación es la que estudia sólo la situación, es decir, la *relación matemática de un factor o fenómeno con la superficie terrestre*.

En esta Geografía entra perfectamente la determinación de posiciones y levantamiento de mapas, que, lejos de ser materia ajena a la Geografía, aparece, al contrario, como lo primordial de ella, en armonía con el origen histórico del nombre Geografía. Un mapa es eso: la expresión gráfica de la relación matemática que con la superficie terrestre guarda cada punto representado: distancia de los polos, de un meridiano inicial, del nivel del mar, lugares de referencia que en la zona de contacto entre la geohidrosfera y la atmósfera tomamos.

Geografía de conexión es la que superpone al estudio de la situación (indispensable como punto de partida) el de la fuerza situativa de la conexión, que en mi nomenclatura llamo *lococonexión*, y que puede igualmente definirse con estas otras palabras: *el influjo de la conexión en la situación*.

En efecto: un fenómeno o factor aparece situado en un punto y no en otro de la superficie terrestre, por el influjo de otros fenómenos con los cuales está conexionado. Si el cultivo del datilero se ha podido situar en el S. E. de España y no en el Norte, es porque los factores geográficos, relacionados con la biología de esa especie, son favorables en un lado y en otro desfavorables. Si en el Ferrol se halla situado un puerto militar, es porque los factores locales, relacionados con los fines de tal puerto, así han determinado a hacerlo a las autoridades marítimo-militares.

Se ha dicho que el estudio de la simple *localización* no justifica la individualidad de una ciencia. Pero quien así se ha expresado, no tenía en ese momento clara idea de lo que es localización.

El hecho de que los grandes rendimientos del sistema cereal se registren en la zona que en mi trabajo sobre «*El factor geográfico y el gran problema de España*» llamo subnórdica (de Irlanda a Prusia), mientras que en el Sur de Europa no llegan, en conjunto, a la mitad; el que las grandes reservas de hulla se encuentren acumuladas en Inglaterra, Alemania y Norte-América, y no en los países circunmediterráneos; el que, a pesar de la difusión que tuvo en otros tiempos en países como el nuestro mismo, y de los modernos esfuerzos para extender su cultivo en Africa y Sud-América la gran producción del algodón se encuentre reconcentrada en tres países, y aun, en su mayor parte, en uno; el que, análogamente, la gran producción de petróleo lo esté en Rusia y los Estados Unidos, más de la mitad de la del café y caucho haya sido monopolizada por el Brasil; y que así por el estilo suceda con otros importantes productos; el que la construcción de ferrocarriles en las Pampas apenas exija más que tender los railes en largas rectas horizontales, mientras en España la orografía obliga a multiplicar el esfuerzo, traducido en curvas,

pendientes, túneles y viaductos, y mayor gasto de carbón para el recorrido; y otros fenómenos no menos transcendentales que podríamos seguir enumerando; y, como consecuencia de todo ello, el diferente *valor ecético* (véase para este concepto mi conferencia en el *VIII Curso Internacional de Expansión Comercial*) de los diversos países; todo esto no son otra cosa que hechos de localización; y no ya su grandioso conjunto, sino cada grupo de ellos, tiene asaz importancia para justificar una individualidad científica.

Hay, pues, que distinguir. El estudio de la Geografía no es el estudio objetivo total de la superficie terrestre. Es el estudio de la localización en ella de los fenómenos; pero no el estudio de los fenómenos mismos. Es también abusivo definir la Geografía como ciencia de las relaciones entre el medio Tierra y sus habitantes. Es sólo el aspecto local situativo de esas relaciones el que le interesa. Más breve: el estudio de *lococonexión*, no de *conexión* en conjunto. Un ejemplo aclara todas las dudas. Las relaciones entre una planta y el calor, la luz, la humedad, las condiciones químicas y físicas del suelo, etc..., son las relaciones objetivas del habitante con el medio terrestre. Sin embargo, a nadie se le ha ocurrido jamás que este estudio fuera Geografía, sino biología vegetal o, si se quiere especificar más, ecología. Nadie ha confundido nunca eso con la Geografía Botánica, o ciencia de la localización de los fenómenos vegetales en la superficie terrestre.

Pero de que la ciencia de la localización sea distinta de las ciencias objetivas de los objetos localizados; de que la Geografía sea cosa distinta de la Geología, de la Meteorología, la Botánica, la Zoología, la Antropología, la Demografía, la Agricultura, la Ingeniería, etc..., no se sigue que pueda prescindir del conocimiento previo de todas estas materias. Las ciencias se hallan todas relacionadas entre sí, y necesitan unas de otras. Un tratado de Artillería no es confundible con un texto de Matemáticas o de Química. Sin embargo, sin previas Matemáticas y Química no podríamos ni comprender el texto de Artillería.

El por qué de la distribución de los depósitos hulleros no puede explicarlo más que un geólogo; el por qué de la localización en el Ferrol de un puerto de guerra, no puede contestarlo satisfactoriamente más que un marino-militar; el concretar la diferencia de facilidades ferroviarias que ofrecen dos países, exige conocimientos de ingeniería; y sin tenerlos serios y autónomos de Botánica, inútil toda pretensión en Fitogeografía, donde lo primero es empezar por determinar las especies que caracterizan las formaciones y asociaciones.

El que, así, la Geografía resulte un estudio muy largo y difícil, no es razón para proceder de otro modo; de igual suerte que, cuando un militar recibe una orden, las dificultades, penalidades y peligros que comparte, por grandes que sean, no son disculpa para dejar de cumplirla estrictamente.

Lo que sí se deduce de ello, es que, para cultivar seriamente la Geografía, cada cual debe limitarse a la parte o aspecto de ella para la cual cuente con la propedéutica necesaria; y que, según más atrás queda expuesto, como asignatura de la carrera, el estudio de la Geografía no puede pasar de una ligera ojeada sobre el asunto de ese estudio, los resultados que persigue y los métodos que utiliza.

Para dar con fruto esa ojeada, el texto hace el oficio de guía. Pero, si al cabo del año el alumno sólo ha logrado aprender a repetir lo que dice el texto, bien puede estar seguro de que ni siquiera ha comprendido el texto mismo.

Este, para cuyo encabezamiento los autores me han hecho el honor de solicitar unos párrafos míos, se distingue de otros corrientes en nuestro país, entre otras cosas, por la gran extensión relativa de su parte gráfica. Tan importante me parece esta circunstancia, que, sin necesidad de leer un solo párrafo del libro, no vacilaría en afirmar que lo más importante y útil en él, es esa parte gráfica; y de ésta no menos importante (y acaso más) los fotogramas que los mapas. El mapa no es, al fin y al cabo, sino una representación abstracta y convencional del objeto de la ciencia geográfica (superficie terrestre); mientras que la fotografía es la imagen directa del mismo objeto, y cuando está tomada o elegida (como en este caso ocurre) con criterio científico y pedagógico, posee en cantidad e intensidad un valor de expresión no asequible a mapa alguno, y cuyo equivalente en palabras exigiría capítulos muy extensos. El mapa es un intermediario entre la realidad geográfica y la inteligencia; pero el estudio autónomo exige la comunicación con la realidad misma. Además, el mapa, como obra humana, sólo nos dice lo que otros han visto en la superficie de la tierra; para ser nosotros los geógrafos, necesitamos verlo por nosotros mismos; y lo más próximo a la realidad, es su imagen.

Una prueba de aprovechamiento de curso que el alumno puede hacer sobre este mismo libro, consiste en que llegue a leer en sus mapas cosas que no estén escritas en los párrafos del texto, y que llegue a leer en la fotografía cosas que no dicen ni el texto ni los mapas.

Si esto logra, es que ha dado con fruto su ojeada.

En tal caso, con la clara idea de lo que es la Geografía, habrá adquirido la conciencia del vacío que en su cerebro le queda por llenar, y el deseo de aplicarse más adelante a llenarlo.

Para ésta, como para las demás ciencias, el término de la carrera no debe ser el fin del estudio, sino el principio. El que al concluir la carrera no se pone a estudiar, será siempre un incompetente en su profesión.

Emilio H. del Villar

Madrid, Julio de 1917